

necesidad de movimiento y de aventuras que no consiente que se inmovilice la sociedad como ha sucedido con el aislamiento chino. La guerra arrastra á poblaciones enteras hacia países lejanos. Las cruzadas rompen el aislamiento feudal, y en los campos de batalla de Asia se mezclan pueblos cristianos. Despiértanse nuevas necesidades; el comercio, poder inmenso del que apenas tenían los antiguos presentimiento, llega á ser un vínculo internacional, y al terminarse la Edad Media, constituidas las principales naciones, forman ya un sistema general, y la política viene á consolidar lo que el feudalismo ha preparado. La Europa feudal se transforma en un conjunto de pueblos cuyas relaciones van siendo cada vez más íntimas. El más fuerte de todos los vínculos que los unen es la religión. El cristianismo es inseparable del elemento germánico; á todas las manifestaciones de éste se mezcla aquél, ya sea para desarrollar los gérmenes de porvenir que contiene, ya para combatir los defectos de la raza y los vicios de la barbarie.

§ II.—La Iglesia.

El feudalismo rompe la falsa unidad del imperio, prepara la formación de las naciones é implanta un nuevo elemento en la constitución social, el individualismo. Pero los beneficios del régimen feudal van acompañados de males que provienen de la exageración de sus principios, y los vicios inherentes al sistema toman auge peligrosos, en razón á la barbarie de los pueblos, que abren esa nueva era de la humanidad. El individualismo entre los Bárbaros conduce al reinado de la fuerza: una aristocracia violenta y activa oprime á los débiles. La independencia feudal no se preocupa de la sociedad ni de la unidad; destruye el Estado y fracciona la Europa en una infinidad de pequeñas soberanías aisladas y hostiles. La humanidad hubiera perecido si hubiera quedado entregada al imperio exclusivo del individualismo, de la violencia y del aislamiento. Era necesario otro elemento en la Edad Media para combatir los vicios del sistema feudal y para desarrollar los gérmenes de porvenir depositados en la raza germánica; ese elemento lo constituyó el cristianismo. Pero el cristianismo tenía también sus vicios: el mayor de todos era el peligro de una dominación universal que no hubiera dejado sombra de libertad ni de in-

dependencia á los individuos ni á las naciones. Si el cristianismo ha sido necesario para educar á la raza germánica, el feudalismo ha tenido también su necesidad providencial enfrente del cristianismo. La Iglesia y el feudalismo se dan la mano para desempeñar la obra de la Edad Media.

La unidad es una necesidad tan esencial de la sociedad como el individualismo. La unidad procede del Creador y se manifiesta en todas sus obras. La creación es una gran unidad, y la separación de esa unidad es la disolución y produce la muerte. La unidad constituye la esencia del orden moral é intelectual: no hay más que una verdad, una bondad y una caridad. La unidad es también esencial al orden social. La sociedad es un medio necesario para el desarrollo de los individuos, y no se concibe sociedad sin unidad. La Iglesia representa admirablemente esa faz de la naturaleza, desconocida y casi despreciada por el feudalismo. Dios mismo es quien ha revelado la religión cristiana; ¿cómo podría variar según el espacio y el tiempo? El cristianismo enseña la unidad de Dios, y de esa unidad se deriva la del dogma y la del culto. La Iglesia se atribuye la misión de fundar la unidad en la tierra, para lo cual se apoya sobre Roma, dotada del genio de la unidad en el más alto grado. Hé aquí por qué, á diferencia de la sociedad feudal, vive la Iglesia con el derecho romano, derecho único, siempre el mismo, toda vez que emana de la justicia eterna (1). La Iglesia quiere encaminarlo todo á la unidad; es una tendencia necesaria, pero tiene sus escollos: esa unidad propende á ser demasiado absoluta. Roma cristiana impone un dogma de hierro á los pueblos, como Roma pagana les había impuesto sus leyes. La unidad exclusiva, absorbiendo todas las fuerzas individuales, sería tan funesta como el individualismo feudal. La Iglesia impide que el feudalismo se disuelva en átomos; y el feudalismo, por su parte, sirve de contrapeso á la unidad absoluta de la Iglesia. La oposición de los dos principios es providencial, es un obstáculo al imperio exclusivo de uno de ellos; de su lucha saldrá un estado social que armonizará los dos elementos igualmente divinos, igualmente necesarios de la humanidad.

(1) El derecho romano es considerado en las *Constituciones apostólicas* de la manera siguiente: «Neque Deus vult ut per nos tantum lex iustitiae eniteat, sed voluit ut per Romanos quoque luceat et splendeat.»

La unidad implica igualdad. El individualismo germánico conduce á la división de la especie humana en dos clases: una que por su nacimiento tiene derecho á la dominación, y otra destinada á la dependencia. Verdad es que la servidumbre es un progreso sobre la esclavitud antigua; pero está muy lejos de ser la igualdad. La Iglesia presenta en su organización un sistema completamente opuesto al del mundo feudal, toda vez que en una edad esencialmente aristocrática no conoce nobleza ni desigualdad: los condes y los zapateros se suceden en la cátedra de San Pedro, y el hijo del rey, vistiendo el hábito del monje, se convierte en hombre del pueblo. El poder pertenece al más digno y más capaz.

La unidad cristiana descansa sobre la fraternidad de los hombres en Dios; y por lo mismo que son uno en Dios, deben estar unidos por el lazo de la solidaridad y de la caridad. Nada más opuesto á este dogma del cristianismo que el sistema feudal. El feudalismo tiene por fundamento la apropiación del suelo, siendo la naturaleza particular de la propiedad feudal la que da su forma, sus leyes y sus costumbres á la sociedad. Nunca ha desempeñado la sociedad un papel tan grande como en la Edad Media: fué la verdadera soberana. La Iglesia reprueba la propiedad exclusiva y egoísta como un vicio. Enfrente de una aristocracia altiva y orgullosa con sus castillos y sus dominios, se levantan las órdenes religiosas que predicán y practican la pobreza de Cristo y de los apóstoles. El ideal de la Iglesia es la comunidad; no pretende imponerla á la sociedad laica; pero la vida de los clérigos, respirando la fraternidad, sirve de ejemplo vivificante, y es como un sol á cuyo calor se funde el hielo del individualismo germánico. La historia de la Iglesia es la de la caridad y de la humanidad; protege á los oprimidos; y bajo su influencia, la fuerza deja su puesto á la justicia. La Iglesia llega á abolir el combate judicial; enseña á los Bárbaros un elemento de justicia social que ignoraban: en sus manos, la pena se transforma en un medio de corrección y de rehabilitación del culpable. La monarquía deja de ser un hecho más ó menos brutal para llegar á ser un ministerio divino. Hay, sin embargo, una sombra en ese cuadro. La Iglesia no considera al mundo más que como un lugar de tránsito; toma poco interés por él, y sacrifica la vida terrestre á la expectación de la

vida eterna. Por eso no se la puede pedir un sistema de garantías á favor de las clases oprimidas ni un freno á la autoridad divina de los reyes; y todavía en esta parte es de una necesidad providencial el elemento germánico; sólo en el seno del feudalismo es donde se desarrollan los gérmenes de la libertad moderna.

La unidad cristiana, si hubiera podido realizarse en el mundo político, hubiera tenido por ideal la paz y la fraternidad de los pueblos. El feudalismo es guerrero por esencia, y no vive más que en la lucha; sus placeres mismos se reducen á combates. Entre tanto los hombres no han nacido para desgarrarse como bestias bravas; Dios los ha colocado en la tierra para que en ella se desenvuelvan y no para que se maten. Aceptemos la predicación pacífica del Cristo como una profecía del porvenir. La Iglesia reprueba la efusión de sangre, condena los juicios de Dios y los torneos, y no admite la guerra más que como legítima defensa. Durante toda la Edad Media, la Iglesia no deja de hacer esfuerzos para restablecer la paz; los pocos momentos de reposo y de calma de que gozan las poblaciones asoladas los deben á la tregua de Dios; pero domina, sin embargo, el genio guerrero, y arrastra á la misma Iglesia. La intolerancia propia de toda religión revelada, á la par que las costumbres bárbaras del tiempo, producen la más horrible de las guerras, las cruzadas contra poblaciones cristianas, culpables de no creer en lo que creía la Iglesia. Por más terribles que sean aquellos males, son pasajeros; la influencia benéfica de una religión de paz y de amor difunde sentimientos pacíficos entre las poblaciones cristianas. Las costumbres se suavizan, y anuncian una nueva era en que domina un sentimiento casi desconocido de los antiguos, la humanidad.

La Iglesia tiene la alta ambición de abrazar al mundo entero en su unidad. En vano el feudalismo se aísla en sus castillos; hay en el cristianismo un principio de expansión que establece relaciones entre los países más apartados. La voz de un ermitaño arrastra la Europa hacia el Asia; las cruzadas son como una segunda migración de los pueblos: con ella aprenden á conocerse en los campos de batalla, y se crean vínculos que ya no se romperán. El papado se pone en relación con los Bárbaros del Oriente, y trata de convertirlos al Evangelio; esta obra de conversión fracasa; pero el va-

lor y la abnegación de los misioneros dan sus frutos; se extienden las relaciones internacionales, las ideas y las creencias se confrontan y se confunden, y el comercio aprovecha las vías abiertas por la religión. ¿Qué saldrá de aquel movimiento, que toma proporciones inmensas en los pueblos modernos? La Iglesia no ha pensado nunca más que en la unidad de la fe; su fraternidad no debe realizarse sino en el otro mundo; mas, sin embargo, al difundir creencias comunes, trabaja sin querer en la constitución política del género humano. Los antiguos no concebían la unidad sino por la conquista y bajo la forma de una dominación más ó menos violenta. Mas hay una unidad más alta y más vasta que tiene por vínculo los sentimientos y las ideas, y que abraza mundos que la fuerza de las armas no alcanzaría á reunir. La Iglesia prepara el reinado de la fraternidad universal, pero es impotente para fundarle: procediendo de una revelación exclusiva, la unidad cristiana no puede admitir en su seno más que poblaciones cristianas, siendo hostil á todos aquellos que no participan de sus creencias. Esa hostilidad es permanente, irremediable, y no podría cesar más que por la unidad absoluta de creencias en todo el mundo; pero esa unidad es imposible, porque es contraria á los designios de Dios.

La Iglesia ¿hubiera podido llenar su misión sin el concurso de la raza germánica? La cuestión apenas puede ser planteada en el momento en que no hallamos. El cristianismo no existe más que para los Germanos; entre las otras razas tiene una existencia débil; no tiene verdadera vida más que entre los pueblos del Occidente; y si ha conquistado la Europa, es con el apoyo de las poblaciones germánicas. En la Edad Media ha sido necesaria la alianza de la Iglesia y del feudalismo para realizar la gran revolución conocida con el nombre de las cruzadas. El entusiasmo religioso es la chispa que enciende materias combustibles, y la pasión de la guerra es el elemento que provoca las guerras santas. Esa misma pasión no es más que una manifestación de la fuerza expansiva é invasora de que Dios ha dotado á la raza germánica. En el siglo XV se la verá con el mismo ardor buscando nuevos mundos y echando las bases de la unidad humana por medio de sus descubrimientos. Después se lanzará con una impetuosidad siempre renaciente al campo del comercio y de la industria; se la verá

dominando la naturaleza y uniendo á los pueblos por medio de vínculos de fuertísimo poder, al lado mismo de la religión. Dios ha querido que las necesidades de los hombres sirviesen de cadena para ligar las tierras más apartadas. Si la humanidad está destinada á marchar hacia una unidad por cada vez más vasta, ese gran resultado debe esperarse de la acción combinada de la religión y de la raza germánica.

§ III.—Disolución de la Europa feudal.

¿Cuál será la forma de la unidad futura? Se concibe que los antiguos hayan creído en la posibilidad de una monarquía universal: su vista no alcanzaba á ver más lejos el más emprendedor de los héroes de la antigüedad, Alejandro, á quien el universo parecía demasiado estrecho, tuvo que detenerse en las orillas del Indo; los Romanos no conocieron el Norte ni el África, y en la inmensidad del Océano se hallaban escondidos mundos enteros. Hoy mismo que ya conocemos la extensión de la tierra, sería una locura el soñar en la monarquía universal. El hombre, débil criatura, tiene que limitarse para permanecer dentro de las condiciones de su naturaleza; y cuando quiere abarcar demasiado, se pierde en lo imposible ó en lo monstruoso. Después de todo, la unidad, por ancha que se la suponga, no es el fin, es solamente el medio. Y así como el Estado es un medio que debe organizarse de manera que los individuos puedan desenvolverse en él cómodamente, así también la humanidad es un medio en que deben desarrollarse las naciones; y si no deben sacrificarse los individuos al Estado, tampoco deben sacrificarse las naciones á la humanidad. Pero en tanto que no haya nación, la unidad no puede ser más que un vano concepto, un Estado sin ciudadanos. Por eso fueron infructuosas las tentativas de la monarquía universal. ¿De dónde data la era de las naciones? Data de la Edad Media, y es una inspiración de los Germanos. Hay en esa raza una necesidad de individualismo que no la permite fundar grandes imperios: el Germano mantiene su independencia enfrente del Estado; ¿cómo había de abdicarla enfrente de la humanidad?

La Edad Media elabora los diversos elementos de las naciones modernas, y el rudo instrumento de la conquista los ha sembrado sobre la Europa.

Las poblaciones primitivas del mundo occidental proceden del Oriente; nuestras lenguas llevan todavía el sello de nuestro origen asiático. Pero la cuna de las naciones no tiene historia; nuestros antepasados no aparecen en la historia del mundo sino cuando un conquistador civilizado los llama á la vida pública. Á pesar de su fuerza de absorción, Roma no destruye el individualismo de las poblaciones bárbaras; las civiliza por de pronto, y después gasta su vigor, mediante la influencia funesta del despotismo. Otros Bárbaros vienen á regenerar el mundo romano, y los futuros destinos de las diversas naciones dependen de la influencia más ó menos grande de los conquistadores. El Mediodía de la Europa queda siendo romano: el imperio recibe la sangre germánica como un elemento de vida, pero le transforma; y de ello resulta una cultura más precoz y más brillante: se diría que Roma transmite con su genio un germen funesto de decadencia á las naciones. La Italia y la España, por lo menos hasta nuestros días, parece que no viven más que de la gloria del pasado, como vive un viejo de los recuerdos de su juventud. La Francia, medio germánica y medio romana, sirve de lazo social entre las dos razas y las dos civilizaciones: más poderosa que la Italia y la España, desempeña el glorioso papel de la iniciación y de propaganda; pero si remueve al mundo por las ideas, no ha sabido hasta hoy realizarlas en su seno; y á magníficos arranques se suceden tristes abatimientos, que llegan á inspirar inquietudes sobre su porvenir. En Inglaterra domina el elemento germánico; pero la tenacidad céltica y la impetuosidad normanda se mezclan á la sangre anglo-sajona, y de esa mezcla ha salido una raza vigorosa y emprendedora que cubre los mares, domeña la naturaleza y sirve de lazo al mundo. La Alemania ha conservado para sí el lote del pensamiento y de la imaginación; inhábil hasta aquí para la libertad práctica, ningún otro pueblo lleva más lejos las temeridades de la libertad intelectual.

Luego que se han constituido las nacionalidades acaba la Edad Media. El feudalismo no conoce el Estado, se apoya en el lazo personal del vasallo y del señor; y cuando el vasallo llega á ser súbdito

y el señor llega á ser rey, el régimen feudal hace sitio á una nueva era. Al mismo tiempo que se fundan los Estados, se disuelve la unidad católica por el abatimiento del papado. Éste se confunde en la Edad Media con la Iglesia, y es quien forma el vínculo de la unidad cristiana. Pero esa unidad, demasiado absoluta en sus exigencias, compromete el porvenir de las naciones: Roma cristiana está á punto de renovar la dominación de Roma pagana. Los reyes, representantes y órganos de las nuevas naciones, sacuden un yugo que hace ilusorio su reinado; y combatiendo por su soberanía, defienden la independencia de los pueblos.

Mas no basta quebrantar el poder temporal de los papas para garantizar la libertad y las nacionalidades; la libertad tiene un enemigo interior en cada Estado, el feudalismo. La lucha contra la aristocracia feudal comienza desde el momento en que ésta se constituye; los reyes buscan apoyo en los municipios para abrir brecha en los castillos roqueros de los señores, y encuentran un poderoso auxiliar en el elemento romano que ha sobrevivido á la ruina del imperio; y con el auxilio de los legistas, la idea de la igualdad general triunfará de la idea del privilegio y de la aristocracia. El derecho no es el único elemento de la antigüedad que reaparece al fin de la Edad Media para disolverla y preparar una nueva era; se diría que la antigüedad entera sale de su tumba para vengarse al mundo antiguo. Los pueblos cristianos sacuden el polvo de la Edad Media, y el espíritu libre de la Grecia y de Roma rejuvenece las almas abatidas bajo las sombrías creencias del catolicismo. El Renacimiento da la mano á la Reforma. El catolicismo no cede su dominación sin luchar; corre la sangre, pero no es en vano; la libertad religiosa es la aurora de la libertad política. La Europa moderna presenta un espectáculo hasta entonces desconocido; se ven naciones libres é independientes que marchan á grandes pasos al término de su destino: libertad, igualdad, fraternidad, dogmas sagrados que, no obstante el abuso que de ellos se ha hecho, continúan siendo el ideal del género humano.